



ACADEMIA HISPANOAMERICANA DE DOCTORES

DISCURSO DE INGRESO PRONUNCIADO POR EL

ILMO. DR. D. JOSÉ ÁNGEL GARCÍA CUADRADO

EN EL ACTO DE INGRESO COMO ACADÉMICO DE NÚMERO

EN VIC (BARCELONA), EL DÍA 5 DE JUNIO DE 2026

Es para mí un gran honor estar hoy aquí presente en este solemne acto de ingreso en la Academia Hispanoamericana de Doctores como miembro numerario. Deseo expresar mi más sincero agradecimiento al Presidente y miembros de la Junta Directiva de la Academia, y por supuesto, al admirado Dr. D. Eudaldo Forment Giralt, catedrático emérito de Metafísica de la Universidad de Barcelona, por su confianza al proponer mi nombramiento.

Desde hace muchos años, mi docencia e investigación se sitúa a medio camino entre la Filosofía y la Teología, dos de las ciencias que, cada una en su orden, se apropian del privilegio de ser las ciencias primeras. Lejos de concebir estas dos disciplinas como competidoras, siempre he deseado establecer puentes entre ellas para que sean capaces de iluminar el sentido último de la existencia humana.

Introducción

Las relaciones entre Filosofía y Teología cristiana están suficientemente documentadas ya en la época patristica. En efecto, los Padres de la Iglesia necesitaban las categorías filosóficas del neoplatonismo para que el mensaje del Evangelio no quedara encerrado en los estrechos límites de la tradición judía: tratándose de una doctrina de salvación, debía ser comprensible por hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación. Para ello era preciso traducir en términos



universales la doctrina cristiana, y no hay nada más universal que el logos humano. En la Edad Media, gracias principalmente a la tarea de santo Tomás de Aquino, se incorporó a la tradición cristiana el pensamiento de Aristóteles: gracias a la dimensión metafísica de la síntesis tomista, pasados los siglos, podemos seguir manteniendo sustancialmente las formulaciones dogmáticas del pasado.

Pero no solo la Teología necesita de la Filosofía. También la reflexión filosófica se nutre de las verdades reveladas, como Gilson mostró con agudeza en su libro *El espíritu de la filosofía medieval*. Más recientemente, la filosofía analítica anglosajona ha estudiado profusamente la doctrina molinista de la ciencia media. En mi intervención quisiera detenerme en un tema teológico que de manera indirecta ha influido transversalmente en la historia de la filosofía: la doctrina católica del pecado original. Dada la amplitud del tema, me limitaré a esbozar brevemente las líneas maestras de mi propuesta.

La recepción patristica de la doctrina del pecado original

En los primeros capítulos del Génesis, el autor sagrado nos relata la creación del mundo y del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, señor de la creación, con inteligencia y libertad, en perfecta armonía con la maravillosa obra de la creación. Pero la caída de nuestros primeros padres hizo decaer el estado de armonía original con una triple herida que lesionaba la amistad con Dios, la relación con los demás y la armonía con lo creado. Las mismas potencias humanas tendían al desorden: las pasiones dirigían la razón y la voluntad; además, con el pecado original se introdujo la muerte en la historia, junto a la enfermedad y el desorden moral.

El *De hominis opificio* de Gregorio de Nisa pasa por ser el primer tratado de antropología cristiana. Una primera lectura resulta desconcertante por su falta de estructura: se abordan temas muy variados sin orden aparente, desde la constitución erecta del hombre hasta la causa



de la risa, del sueño y del bostezo. Pero una lectura más atenta nos revela la estructura dramática de la existencia humana. El hombre, creado a imagen de Dios, decae en un estado miserable donde los rasgos divinos casi se han borrado. Dios, al crear al hombre a su imagen, le dota de todos los bienes, principalmente el de la libertad de la necesidad, es decir, la capacidad de no estar sometido a ningún poder físico. Mediante la razón y la libertad, el hombre escapa de la necesidad del ciclo biológico. El pecado original es fruto de un decaimiento del logos, un juicio erróneo por el que el hombre se deja arrastrar culpablemente por la apariencia de bien. En consecuencia, la mente se encuentra sometida a la esclavitud de las pasiones; deja de conocer el bien para adherirse a lo más grato y no a la verdad. El pecado supone una verdadera alienación: el hombre pierde su verdadera identidad, pues pasa de dominar el mundo sensible a ser dominado por él. El círculo vicioso regido por la necesidad biológica se romperá con la restauración de la verdadera imagen del hombre. De este modo, el Niseno siembra una semilla de esperanza, por la posibilidad de regresar al orden original gracias a la Redención operada por Jesucristo.

En definitiva, la descripción patrística de qué es el hombre adopta una estructura diacrónica: del estado de inocencia original a la caída y las heridas por las que el hombre se inclina a la parte más innoble; pero gracias a la redención, es posible reinstaurar la imagen de Dios en el hombre.

De miseria hominis

Lotario de Segni, futuro papa Inocencio III, compuso hacia 1194-1195 su célebre *De contemptu mundi sive De miseria humanae conditionis* (del desprecio del mundo y la mísera condición humana). El tratado tuvo un éxito que se prolongó durante todo el periodo medieval: más de 600 manuscritos y numerosas ediciones, la primera de 1478. Esta obra marcará los tópicos que se irán repitiendo después acerca de la miserable condición humana.



En el prólogo, Lorenzo afirma que se trata de un pequeño tratado ascético moral en el que describe la mísera condición humana para dejar de lado el orgullo, “cabeza de todos los vicios”. Así pues, el tema de fondo es la miserable condición humana en todas las circunstancias, desde el nacimiento hasta el juicio final. Consta de tres libros. El primero relata el inicio miserable de la condición humana, en razón de su cuerpo y de sus pasiones, que le llenan de dolor y sufrimiento. El segundo libro trata del progreso culpable de la condición humana; es decir, cómo el hombre, con su obrar libre, va labrando su propia infelicidad y miseria: atado a las riquezas, honores y placeres, deviene avaro, lujurioso, orgulloso, injusto, incontinente y repleto de vanidad. El tercer libro está dedicado a la decadencia del hombre: el dolor de la enfermedad, los dolores que rodean la muerte y las postrimerías (en especial el infierno y sus penas). En el prólogo, Lorenzo promete escribir otro opúsculo sobre la dignidad del hombre, pero nunca llegó a cumplir su propósito.

De dignitas humanae

El tratado que no escribió Lorenzo Segni lo escribieron en diferentes versiones, casi tres siglos más tarde, los humanistas como Pico de la Mirandola, Ficino o Manetti. Este último escribió el *De dignitate et excellentia hominis* como respuesta explícita al tratado de Lotario sobre la condición miserable del hombre. Así pues, dentro de la misma tradición cristiana, encontramos tanto en la Edad Media como en el Renacimiento la coexistencia de la concepción miserable del hombre y aquella que realza su dignidad.

En España, Pérez de Oliva escribió *El diálogo sobre la dignidad del hombre*, que se publicó una vez muerto su autor en 1546. En este diálogo, los dos protagonistas, Aurelio y Antonio, defienden posturas contrarias acerca del hombre, con argumentos acerca de la miseria y grandeza del hombre, manifestada en las diversas potencias del alma, el cuerpo, la vida social, la muerte, etc. El diálogo no es original en cuanto al contenido, pues se recoge la tradición medieval y renacentista sobre el tema. En primera instancia, parecen encontrarse



dos visiones del hombre antagónicas: la cristiana y la pagana. La segunda es claramente negativa y pesimista, que nos habla de la corrupción esencial de la naturaleza humana. La primera aparentemente es más optimista, aunque en realidad es la más dramática, pues deja abierto el futuro a la libertad del hombre, quien puede perderse por el mal uso de su libre albedrío, aunque la naturaleza humana haya salido buena de las manos de Dios. En realidad, ni una ni otra responden a la concepción cristiana del hombre porque se ha abandonado el esquema diacrónico para presentar de manera sincrónica las dos visiones irreconciliables del hombre.

La filosofía moderna tendrá que escoger entre una y otra visión, y esa opción configurará un modo u otro de pensar acerca del hombre.

Grandeza y miseria del hombre

El diálogo de Pérez de Oliva tuvo escaso eco y no parece que fuera a influir decisivamente en ningún filósofo de la modernidad. Pero la presentación de estas dos visiones antagónicas será un rasgo configurador de las filosofías posteriores.

En efecto, la tradición sobre la miseria del hombre tuvo su continuación, sin duda, en Lutero. El punto de partida de su antropología es la esencial corrupción de la naturaleza humana, con la consiguiente debilidad del entendimiento e inclinación de la voluntad al mal. Esa concepción pesimista se advierte también en Hume, para quien “la razón es, y debe ser solamente, la esclava de las pasiones, y no puede pretender otra misión que el servir las y obedecerlas”. Seguramente es en el psicoanálisis de Freud donde se hace más patente la inversión entre razón y pasiones. El inconsciente biológico-pulsional es el factor que determina la conducta consciente del yo. En el yo originario rige el principio de placer, abocando al hombre a una suerte de naturalismo irracionalista. Por otro lado, la *miseria hominis* es posible advertirla también en la negativa visión de la sociabilidad humana de



Hobbes, para quien “el hombre es un lobo para el hombre”. ¿Y qué decir del pesimismo de Schopenhauer?

Nietzsche, educado en el pesimismo luterano, se rebelará con todas sus fuerzas a esta visión tan negativa del hombre, y culpa a Dios como causa de la abyección humana. Para ello, el hombre debe quitar a Dios de en medio e inaugurar así una nueva moral que anule la moral de esclavos del cristianismo.

Por otro lado, la tradición optimista del hombre también caló con fuerza en la modernidad. Así se puede apreciar en la Ilustración y en el Iluminismo, en que se cree que las luces de la razón acabarán por desvelar todos los misterios, también los de la religión. El buen uso de la inteligencia nos hará sabios y virtuosos, para que sabiamente ejercitemos el dominio sobre el mundo a través de la técnica con un progreso indefinido, gracias al cual paulatinamente vayan desapareciendo las miserias humanas, las guerras, la enfermedad y el sufrimiento.

Los ecos de estas visiones antagónicas llegan hasta nuestros días. En efecto, el rápido desarrollo del transhumanismo con sus visiones utópicas del hombre, donde ya no habrá enfermedades, ni sufrimientos, ni muerte, parece ser el último peldaño del ingenuo optimismo de quien cree ciegamente en la grandeza del hombre. El posthumanismo, por su parte, parece compartir la creencia en que la ciencia y la técnica harán progresar al hombre, pero la meta última no es obtener un “hombre mejorado”, sino una meta más radical: la desaparición del hombre para que advenga una nueva especie, que se llamará “posthumana”. Como la naturaleza humana es mala y fuente de sufrimiento, su mejor destino es su desaparición de la faz de la tierra.



El rumor que no cesa

En 1965, Arno Penzias y Robert Wilson advirtieron el ruido de fondo constante que procedía de todas las direcciones; producida hace unos 13.800 millones de años, esta radiación sigue viajando por el espacio como un recuerdo permanente de la gran explosión que dio lugar al universo. Ese eco o ruido de fondo pasó desapercibido durante siglos y aún hoy en día el común de los mortales no lo percibimos.

La realidad del pecado original es un hecho acontecido en los inicios de la humanidad. Muchos filósofos negaron su carácter histórico, como Kant o Hegel, pero el rumor de este hecho cósmico sigue presente, conscientemente o no, en las concepciones del hombre en nuestros días. La visión optimista y pesimista del hombre coexiste en las filosofías contemporáneas, sin advertir que tratan en realidad un mismo relato: el hombre es admirable por ser creado a imagen de Dios; pero después de la caída original puede volverse la peor de las criaturas: solo la redención hace posible restaurar la imagen primigenia. Si perdemos la realidad del pecado original, se deforma la visión del hombre y resulta un conocimiento falseado de lo que es el hombre.

El rumor que no cesa puede recordarnos la verdad primera de nuestra caída original; pero también nos puede devolver el anhelo y la esperanza de la redención.